

[...]

Desde que se había obtenido la sede de los XIX Juegos Olímpicos, Díaz Ordaz creyó que peligraba la soberanía nacional, la presidencia de la república, la estabilidad. Le daban terror porque cualquier error podía hacernos quedar mal. Entonces pensó en cancelar los juegos, “sin deshonor”. Fue el empresario Juan Sánchez Navarro el que le advirtió:

-Si cancela la Olimpiada, Señor Presidente, los créditos internacionales se vendrán abajo y, con ellos, las inversiones. Y la decepción para la gente que los espera con ansias. Imagínese las consecuencias del desánimo. Habrá otra Revolución.

-Habrá otra revolución si los llevo a cabo.

-Pero ésa es una revolución que usted puede aplastar, Señor Presidente.

No canceló la Olimpiada. Mandó llamar al regente Corona del Rosal y al secretario de Gobernación, Echeverría, a su oficina de Los Pinos para informarles:

-Tendremos una conjura contra México en estos días. Encuéntrenla.

-¿Y si no la encontramos?-preguntó Corona del Rosal.

-El Presidente tiene razón- intervino Echeverría-. Sería muy extraño que no hubiera una conspiración contra México.

-Es como un avispero en invierno- reflexionó Díaz Ordaz-. Sólo picándolo sabes si adentro hay avispas. Más vale que aparezcan ahora a que salgan en octubre con los ojos del mundo sobre nosotros.

Al salir del acuerdo, Corona del Rosal le preguntó a Echeverría qué se suponía que tendría que hacer la regencia de la ciudad. Echeverría le contestó con una historia que sabía de la infancia de Díaz Ordaz, cuando vivía con sus padres y hermanos en Oaxaca, arrimados con la rubia familia del tío Demetrio Bolaños Cacho.

-Resulta que el tío Demetrio va a tener de invitados a unos extranjeros. Llegarán por la noche y le pide a su hermana, doña Sabina,

la mamá del Presidente, que los niños ayuden a limpiar y a arreglar la casa. No quiere quedar mal. A Gustavo, al Presidente, digo, le toca barrer las recámaras de los invitados. Él lo siente como un deber de importancia, como una responsabilidad. Estamos hablando de que el presidente debe tener en ese entonces ocho, nueve años a lo máximo. Y se le ocurre al niño tirar los basureros de las recámaras al suelo y barrerlos. En su lógica de niño cree que entre más basura saque, mejor hizo su trabajo. Pero es artificial: simplemente ha barrido lo que él mismo ha tirado. Por supuesto, la historia acaba mal, con la mamá regañando al Presidente y él llorando. Lo que nos pide ahora es lo mismo: tiras la basura al piso y luego la barres.

-¿Y tú cómo sabes esa historia?- le preguntó Corona del Rosal.

-No por él.

Así que Corona del Rosal manda a dos grupos pandilleros que el Departamento del Distrito Federal tiene en la nómina para estos casos: Sergio Romero El Fish, al Gato, al Semilla, y a uno que le dicen El Corona. Y atacan las escuelas Vocacionales 2 y 5. Es el mediodía del 22 de julio de 1968. El pleito continua al día siguiente y entonces Luis Cueto, el jefe de la policía, ordena que los ganaderos entren a la vocacional 5, golpeen a estudiantes, profesores, y los rocíen con gases lacrimógenos. Al día siguiente, los estudiantes golpeados hacen una marcha para protestar. Corona del Rosal des da permiso de hacerla para que coincida con la de los que quieren conmemorar la toma del cuartel de Moncada en Cuba, los comunistas. Se trata de confundirlos a unos con otros y golpearlos, pero los estudiantes se dan cuenta y se separan en el Hemiciclo a Juárez. Los de la Vocacional 5 no alcanzan a llegar al Zócalo. La policía los agarra a macanazos pero ellos se defienden rompiendo las alcantarillas de cemento y arrojándolas. Huyen al Hemiciclo a Juárez y ahí, de nuevo, los granaderos los corretean para disolverlos. Los agentes de la policía secreta, vestidos de civiles, hacen estallar los cristales de las joyerías sobre avenida Juárez, se roban los relojes, las cadenas de oro, los anillos de diamantes. Es el botín con el que se les paga por implicar

a los estudiantes en delitos de cárcel. Unos preparatorianos de la 2 y 3 salen en ese momento de clases y se encuentran en medio del combate. Deciden refugiarse en la Preparatoria 1 y 3, es decir, en el edificio de San Ildefonso. Ahí se encierran y se defienden. La policía, al mando de Raúl Mendiola y Luis Cueto, no pueden con la carga de pedradas, sillas, botes de basura, que los estudiantes y maestros arrojan desde el interior. Los jóvenes secuestran y queman camiones para envolver a la policía capitalina en una nube de humo. Los policías se repliegan. Corona del Rosal le llama a Echeverría por la red:

-Nos ganaron los estudiantes.

-¿Cómo es posible?

-Se defendieron. Durante cuatro horas. Nunca nadie se ha defendido así de los granaderos. No les tienen miedo. Los vecinos nos aventaron aceite hirviendo desde los balcones, veintes de cobre, macetas.

Echeverría le consulta a Díaz Ordaz si pueden comenzar por meter al ejército en las escuelas y, luego, patrullar las calles de la Ciudad de México con soldados.

-Cerca de esas escuelas están las armerías, Señor Presidente, en la calle de Argentina- dice Echeverría trabajándole la paranoia-. Seguro van a tratar de asaltarlas para, luego, tomar el Palacio Nacional. Y con la presión física le harán firmar su renuncia o vaya usted a saber qué.

-Haga lo que tenga que hacer, Echeverría. Nomás que no esté yo en la ciudad cuando suceda.

Luis Echeverría, el secretario de Gobernación, avisa así de lo que sucede con los preparatorianos desarmados que hicieron retroceder a la policía de Corona del Rosal:

Vienen entrando diez mil estudiantes de Puebla y Tlaxcala para proceder a robar las armerías junto con diez mil que están en la Ciudadela, ocho mil en Tlatelolco y tres mil en Coapa. La Policía Preventiva de la Ciudad de México se ha visto rebasada en número y

por éste conducto le solicitamos que disponga de la entrada de las fuerzas armadas para controlar la situación.

La carta estaba dirigida a Marcelino García Barragán, el secretario de la Defensa. A las once de la noche del 29 de julio de 1968, los militares salen a las calles esperando una guerra que no encuentran. No hay diez mil estudiantes llegando de Puebla ni de Tlaxcala. Ni miles en las escuelas de la ciudad. Hallan, en cambio, a trescientos estudiantes “acuartelados” en San Ildefonso que se vuelven a defender para que no entren, ahora, los soldados dirigidos por José Hernández Toledo, el mismo general que ha andado por toda la república disolviendo manifestaciones estudiantiles:

-Vengo aquí a poner orden. No a resolverles problemas- le ha dicho a los estudiantes en Sonora, Morelia y Tabasco-. El que resuelve sus problemas es otro hombre, mi presidente Licenciado Gustavo Díaz Ordaz.

Lo mismo dice ahora en el centro de la capital y le llueven bombas molotov, agua hirviendo desde las ventanas, monedas de cobre. Fernando Gutiérrez Barrios, jefe de la policía política, le entrega a Díaz Ordaz un informe de lo sucedido en la madrugada del 30 de julio de 1968:

Primeramente se encontraba en éste lugar una Compañía de Asalto y a las 1:50 horas llegó el 44 Batallón de Infantería. A las 1:05 horas con una bazuca fue volada la puerta de la Preparatoria, conminando a los estudiantes que estaban en el interior para que salgan. A la 1:50 miembros del Cuerpo de Granaderos entraron en la Preparatoria Número 1, a sacar a los que se encontraban adentro. Esto se hizo apostando al Ejército en el exterior. Están haciendo aprehensiones de los estudiantes, notándose que varios de ellos se encuentran heridos.

A las dos y media de la mañana, Echeverría, Corona del Rosal, García Barragán, Julio Sánchez Vargas, procurador federal, y Gilberto Suárez, procurador del DF, citan a una conferencia de prensa. El Secretario de la Defensa Nacional: “No se disparó un solo cartucho ni se maltrató a

ningún estudiante. La puerta de la Preparatoria no fue abierta con un bazukazo, sino por un conjunto de bombas molotov lanzadas por los propios estudiantes”. El regente de la ciudad: “En mi opinión, se trata de elementos del Partido Comunista”. El Secretario de Gobernación: “ Las medidas adoptadas se orientan a preservar la autonomía universitaria de los intereses mezquinos, ingenuos, muy ingenuos, que pretenden desviar el camino ascendente de la Revolución Mexicana”.

-El Presidente quería su basura- le dice Corona del Rosal a Echeverría al salir de la conferencia esa madrugada del 30 de julio de 1968-. Pues ahí la tiene.

Pero lo que nunca calculó Díaz Ordaz era que la Ciudad de México no era Atencingo. Los estudiantes de la clase media no eran los obreros azucareros. No se dejaban. No se arredrarían ante una orden de militarizar los planteles de la universidad, como había sido el sueño de Gonzalo Bautista y de su vicerrector Díaz Ordaz en Puebla. El 31 de julio, al día siguiente, el rector de la universidad, Javier Barros Sierra, suspende las clases e iza la bandera nacional a media asta, en señal de luto. La Universidad Nacional, el Politécnico Nacional, Chapingo, La Salle, El Colegio de México, la Iberoamericana se van, todas, a la huelga.

Al otro día, el rector Barros Sierra convoca a una marcha al Zócalo que no pasa de Félix Cuevas, a unos kilómetros de Ciudad Universitaria. Díaz Ordaz odia al rector por lo que dice en ese episodio, pero lo desprecia por toda una historia odiando a los universitarios de la capital: “Hoy es un día de luto para la universidad. La autonomía está amenazada gravemente. La autonomía no es una idea abstracta, es un ejercicio responsable que debe ser respetado por todos”.

-Si quiere su autonomía que controle a sus alumnos ahí dentro- le llama Díaz Ordaz desde Guadalajara a Echeverría-. Dile a García Barragán y a Corona que le pongan al ejército y a la policía cerca de donde saldrá su marcha. Regresen al rectorcito hasta el fondo de su rechingada autonomía universitaria.

Dicen las órdenes de los militares: “Si los estudiantes atacan informar con qué fuerza, con qué armamento y por dónde”. Otra vez, esperan una guerra con un Viet Cong, con un Movimiento 26 de julio. Pero no ven más que al rector, a los profesores, a los estudiantes caminando, algunos con sus libros y mochilas. Y ésa será la constante durante dos meses y medio que durará el verano estudiantil del 68 mexicano: las autoridades esperan alzamientos armados y no encuentran más que propuestas de gente a pie con pancartas hechas a mano. Pero da igual. Para el Partido cualquier reclamo equivale a un “cuartelazo”. Las palabras las interpreta como balas. De lo que se trata es de no tolerar nada, ni un movimiento, ni una protesta, ni un chiste. A los jóvenes- lo repitió hasta el cansancio Díaz Ordaz en gira presidencial- sólo les toca una obligación: esperar a que se mueran los que mandan ahora en el país. Mientras, sólo tienen permiso de estudiar y a sus casas. “Nada de relajitos.” Él lo hizo, él aguantó, él se resignó, ¿por qué no deberían hacerlo ahora ellos?

Díaz Ordaz le contesta al rector de la Universidad Nacional desde una comida de tortas ahogadas en Guadalajara. Es su discurso favorito, el de “la mano tendida”, que ya había pronunciado ocho años antes, en Puebla de los Ángeles, sintiéndose Presidente mientras López Mateos languidecía. Le fascinaba:

Una mano está tendida, la de un hombre que a través de la pequeña historia de su vida, ha demostrado que sabe ser leal. Los mexicanos dirán si esa mano se queda tendida en el aire o bien si esa mano, de acuerdo con la tradición del mexicano, del genuino, del auténtico mexicano, se ve acompañada por millones de manos que, entre todos, quieren restablecer la paz y la tranquilidad de las conciencias. Estoy entre los mexicanos a quienes más les haya herido y lacerado la pérdida transitoria de la tranquilidad en la capital de nuestro país por algaradas en el fondo sin importancia.

La brigada Marilyn Monroe, de los estudiantes de la universidad le responde al Presidente mediante volantes, pintas en las calles, consignas: "A la mano tendida, la prueba de la parafina". Es decir, el examen policiaco para saber si alguien disparó un arma de fuego. Díaz Ordaz se encoleriza:

-El odio no ha nacido en mí. Que me insulte a mí, no me ofende- le dice a José Luis Gutiérrez Oropeza, su jefe del Estado Mayor Presidencial-, pero que insulten al Presidente...

Las discusiones entre los miembros del gabinete con Díaz Ordaz son de miedos, iras y confusión. Entre el 2 de agosto de 1968 en que se forma el Consejo Nacional de Huelga de los estudiantes, la Coalición de maestros de las universidades, y la primera de las marchas al Zócalo (ciento cincuenta mil personas en una ciudad de seis millones) no saben qué hacer: la conjura no ha intentado asaltar las armerías, está desarmada, en suéter y minifalda, al ritmo de rockanrol. Sus peticiones son sencillas aunque inaceptables: liberación de los estudiantes presos; desaparición de los policías que no cuidan sino reprimen; derogar los artículos que se inventaron contra la publicidad nazi y ahora se usan contra cualquier insulto al Presidente; la destitución de los jefes policiacos que empezaron este movimiento. No hay lucha proletaria, ni socialismo, ni derrocamiento del Estado Burgués. No hay toma del Palacio de Invierno. Sólo demandas. Y eso hace más difícil todo.

-Si libero a los presos políticos, acepto que no son delincuentes- reflexiona Díaz Ordaz, haciendo una lista en su despacho-. Si despido a los jefes de las policías daño a la autoridad. Si castigo a funcionarios, acepto que no tengo el poder del país. Si termino con el delito de disolución social de la Segunda Guerra Mundial, dejo al país a expensas de la propaganda subversiva.

-Hay que tratar de que los estudiantes se armen para contar con una justificación para dispararles- concluye el secretario de Gobernación, Luis Echeverría.

-O que traten de tomar el Palacio Nacional-añade Corona del Rosal, a quien el presidente ha pedido que blinde las patrullas de la policía: "Haga usted tanquecitos: agarre las patrullas y blíndelas con placas de acero y éntrele".

-Tengo a un elemento que puede ofrecerles armas a los estudiantes- dice Fernando Gutiérrez Barrios, acomodándose al pañuelo morado que combina con su corbata y zapatos. Él le entrega al Presidente diario cien páginas de reportes de lo que se dice en las asambleas universitarias, pero eso no les ayuda a entender nada.

-Éste consejo no tiene líderes- repite Díaz Ordaz, perplejo-. Si hay que detenerlos, ¿a quién detenemos?

-Son dos por escuela y se rotan

-¿Cuántos son del Partido Comunista?

-Según las fichas de las que disponemos, tres o cuatro, Señor Presidente.

-Parece que estamos tratando con un paisaje bucólico- dice Díaz Ordaz revisando sus tarjetas azules-: hay uno de los líderes que se apellida Valle y otro Cabeza de Vaca.

-Ni diga, Señor Presidente-interviene Echeverría a punto de reírse-, estamos en contacto con uno que se apellida Alba y otro Niebla. Para mí, que son puros apodos. Hay uno al que le dicen "Pino", pero que se apellida "de la Roca".

Risas, pocas. Se hacen silencios en la oficina con un retrato de Morelos con un sable briquet español del siglo XVIII.

-¿A cuántos hay que meter a la cárcel capitán? Ésa es mi pregunta.

-Mil, dos mil. No sé.

Se leen las consignas de los estudiantes: "La madurez es un tigre de papel" o "Cuéntese, pues, por nada lo Pasado y pongamos la fecha desde Hoy".

-¿Qué quiere decir? Ni siquiera tiene sentido.

-Que desconfían de los mayores de treinta años, Señor Presidente.

Y las reuniones terminan en golpeteos sobre la mesa. Díaz Ordaz cree que debe existir algún líder oculto con un apellido que le diga algo. Sospecha del rector Barros Sierra, de Carlos Madrazo, de las intrigas palaciegas entre Echeverría, Corona del Rosal y García Barragán. Investigan a los espías rusos. Nada. A la CIA, que le regalaba coches al Presidente, al secretario de Gobernación, al jefe de la Federal de Seguridad y a sus parientes. Nada.

-Hay que cambiar lo que decimos- le dice, un día después de la marcha de ciento cincuenta mil estudiantes, el 13 de agosto de 1968, Emilio Martínez Manatou, secretario de la Presidencia-. Ya no podemos, Señor Presidente, decir que son agitadores. Después de lo de ayer en la noche, tendrá que ser que creemos que toda esa gente está siendo engañada por un puñado de agitadores.

-Demasiada basura- le susurra al oído el regente Corona del Rosal al secretario Echeverría.

-Él decidirá cuando sea demasiada.

[...] El 27 de agosto de 1968 es la marcha más grande en apoyo a las demandas de los estudiantes. Los miembros del Consejo Nacional de Huelga- ni Díaz Ordaz ni Echeverría pueden retener los nombres de setenta líderes que cambian continuamente en los informes de Gutiérrez Barrios- logran que medio millón de personas los vitoreen desde las aceras de la capital. Siguen desarmados, a pesar de que Ajax Segura, de la policía política, ha logrado venderles un par de pistolas a unos estudiantes de Politécnico y una carga de dinamita. Pero es todo.

El 27 de agosto sus intentos de que tomen Palacio Nacional se ven recompensados: después de que una señora subida en el camión del Politécnico para llamar a parar más hijos para que los mate el Presidente, un dirigente del Consejo Nacional de Huelga, Sócrates Amado Campos Lemus- contactado por Barros Sierra días antes para que tratara de venderle armas y dinamita a los demás dirigentes-,

secuestra el micrófono, fuera del programa- los oradores debían entregar por escrito y con antelación sus discursos para que el Consejo Nacional de Huelga los aprobara- para decir:

-Queremos el diálogo público con Díaz Ordaz el primero de septiembre, día de su informe de gobierno. ¿Dónde quieren el diálogo?

-Aquí- responde medio millón-. Zócalo. Zócalo.

-Aprobado- dice Campos Lemus confundiendo el mitin con la asamblea de universitarios-. Aquí nos quedamos a esperarlo. Hasta el primero de septiembre a las diez de la mañana.

Algunos estudiantes han arriado en el hasta bandera un trapa- como decía Maximino Ávila Camacho- rojinegro. Es otro incidente fuera del programa aprobado por el consejo de los estudiantes: unos jóvenes de provincia se pasan sobre el hombro de Luis Tomás Cervantes Cabeza de Vaca y suben la bandera de huelga en el Zócalo de la capital. Saben cómo amarrarla, cómo jalar el cordón.

Es justo lo que necesita Díaz Ordaz: los agitadores quieren el poder y lo quieren para cambiar la bandera nacional por una de huelga. Tras leer los reportes, Díaz Ordaz se desata en llamadas telefónicas y por radio.

-Van a tomar el Palacio Nacional- le dice al jefe de su Estado Mayor, Gutiérrez Oropeza- desalójalos.

Del Palacio Nacional salen los tanques apostados por Hernández Toledo desde el 30 de julio en el patio de Palacio Nacional. Arrasan con las fogatas improvisadas de cuatro mil estudiantes que le han hecho caso a Campos Lemus de quedarse ahí a esperar el informe del Presidente. Ese día, Díaz Ordaz tiene lo necesario para acabar con los estudiantes antes de la inauguración de la Olimpiada: un intento de tomar Palacio Nacional y un agravio a la bandera de México. Son las dos cosas que ningún estudiante se ha planteado en mas de siglo y medio de historia patria.

-Han insultado a la bandera nacional poniendo un trapo de huelga en el asta central- le dice por la red Díaz Ordaz a Luis Echeverría y

a Alfonso Corona del Rosal-. Mañana quiero a todo el gobierno en las calles. Nosotros también podemos llenar el Zócalo. Que cada burócrata venga a desagraviar la bandera nacional, a riesgo de su trabajo. Quiero a los nuestros apoyando.

A la mañana siguiente sucede algo que nadie imaginó: los burócratas de la secretaría de Hacienda marchan, obligados, como todos los que pertenecen al Partido, pero salen de sus oficinas gritando:

-Somos borregos. Nos llevan. Beee. A dóóónde nos leeeevan.

Díaz Ordaz, que está recién bañado y cafeteado para salir al balcón de Palacio Nacional a saludar a los “auténticos” mexicanos, a los que sí responden a su “mano tendida”, baja al patio, sin lentes, los ojos refulgentes, y le ordena a su Estado Mayor que vuelva a salir, ahora a desalojar a los empleados de su propio gobierno. No le cabe la ira. Los tanques arrasan con los propios trabajadores de su sexenio, al que le faltan dos años, una Olimpiada y un Mundial de Fútbol, pero que parece desvanecerse en el aire. Él ya no lo ve, pero los burócratas comienzan a jugar a torear a los tanques. Los estudiantes, que no se han ido del todo, se sacan los suéteres y se unen a la corrida. El jefe del Estado Mayor Presidencial, José Luis Gutiérrez Oropeza, parado en la puerta del Palacio Nacional mira eso y le dice a Francisco Quiroz Hermosillo, otro general:

-Eso ya valió madres. No sólo no nos tienen miedo, sino que ahora, hasta somos su burla.

Cuando Díaz Ordaz recibe los informes del fracaso del desagravio a la bandera, no da manotazos, ni insulta a nadie. Le da cuerda a su reloj. Ha llegado el tiempo de renovar el miedo.

En la mañana del primero de septiembre, Díaz Ordaz se sube a un auto descubierto para ir desde Palacio Nacional a la Cámara de Diputados. Va tenso. Ya no puede confiar ni en los burócratas. Los estudiantes no parecen estar en las calles. En realidad, están pegados al televisor porque saben que una parte del discurso del presidente les estará dedicada. La sesión del Congreso recibe de pie a Díaz Ordaz pero

no hay tranquilidad, sino sonrisas nerviosas. No hay posibilidades de que acepte el diálogo público es- lo ha dicho – “exhibicionismo”. Reunirse en público minaría su autoridad, demeritaría su investidura. “A mí, que no me vean. Sólo que me tengan miedo.” Los congresistas, los empresarios, la jerarquía católica, los gringos, en consecuencia, el anuncio de medidas militares. Se preparan las manos para aplaudir a la mano firme, que antes estuvo “tendida”.

Él lee desde la tribuna el discurso que redactó en una máquina Olivetti:

Tenemos confianza en que no se logrará impedir la realización de los eventos deportivos en puerta; cuánto más se conseguirá restarles lucimiento. Nuestra confianza no sólo se funda en la decisión de hacer uso de todos los medios legales a nuestro alcance para mantener el orden y la tranquilidad internos, a fin de que los nacionales y los visitantes tengan todas las garantía necesarias, sino también y fundamentalmente, en que habrá una repulsa tan generalizada, tan llena de indignación en millones de mexicanos, que nos parece imposible que un reducido grupo pueda alcanzar sus propósitos.

Ha llamado a medio millón de estudiantes en el Zócalo “un grupo reducido”. Ha regresado a esa idea de que los estudiantes no quieren los Juegos Olímpicos. Aplausos.

Hace una descripción del movimiento que él provocó y del que finalmente tiene en las calles de la Ciudad de México:

Del pleito intrascendente entre dos escuelas, se pasó al ataque violento contra la propiedad. De la crítica a la policía, al insulto. Del concepto de autonomía, a considerar la universidad fuera del territorio patrio. De las muestras de inconformidad, al reclamo injurioso. De la asamblea estudiantil, al motín. De la manifestación a la asonada. De los temas y símbolos de México a los que no son nuestros.

Aplausos. “Fuera el cubano Ché Guevara”, piensa en gritar un diputado, pero se arrepiente: “¿O es argentino? Creo que ya hasta lo mataron”.

Luego, Díaz Ordaz pasa a responder sólo dos de los seis puntos del pliego de peticiones de los universitarios: “No admito que existan presos políticos. Preso político es quien está privado de su libertad exclusivamente por sus ideas, sin haber cometido delito alguno. El artículo 145 bis señala cuáles son los artículos de carácter político. Si se deroga, ningún delito tendrá carácter político. ¿Es eso lo que se demanda?”.

Aplausos. Deja la duda de si los estudiantes saben lo que demandan.

Y, entonces, la decisión del Presidente:

-El dilema es, pues, irreductible: ¿Debe o no intervenir la policía? Se ha llegado al libertinaje en el uso de todos los medios de expresión. Se han disfrutado de garantías amplísimas para hacer manifestaciones, ordenadas en diversos aspectos, pero contrarias al texto expreso del artículo noveno constitucional. Hemos sido tolerantes hasta los excesos criticados. Pero todo tiene un límite.

Aplausos. En éste aplauso Díaz Ordaz siente el respaldo a lo que tiene planeado y murmura en la tribuna de la Cámara de Diputados: “Muchas gracias”.

-Todo tiene un límite- retorna la lectura, se pierde un segundo- y no podemos permitir que se siga quebrantando irremisiblemente el orden jurídico, como a los ojos de todos ha venido sucediendo. Tenemos la ineludible obligación de impedir la destrucción de las fórmulas esenciales, a cuyo amparo convivimos y progresamos. Agotados los medios que aconsejen el buen juicio y la experiencia, ejerceré la facultad constitucional de disponer de la totalidad de la fuerza armada permanente, o sea: del ejército terrestre, de la marina de guerra y de la fuerza aérea para la seguridad interior. No quisiéramos vernos en el caso de tomar medidas que no deseamos pero que tomaremos si es necesario. Lo que sea nuestro deber hacer, lo haremos y hasta donde estamos obligados a llegar, llegaremos.

Aplausos. La hora de los tanques y las bayonetas arribó desde el primer día, hace mes y medio. Ahora se trata del encarcelamiento masivo. De la matanza sólo hablan, en privado, Díaz Ordaz, Echeverría y el Jefe del Estado Mayor, Gutiérrez Oropeza. Termina el informe. Los congresistas aplauden de pie. Los militares, el gabinete, los invitados especiales, aplauden de pie. El Presidente sale, por última vez a la calle, en un automóvil descubierto para recibir en la boca abierta el confeti de los acarreados del Partido. Se acabó. La

gente apoya la tranquilidad. La gente apoya la solución final. La gente pide miedo.

A partir del 2 de septiembre, los miembros del gabinete no saldrán más de sus oficinas. No llegarán a casa a ver a la mujer, a los hijos. Sólo los saludarán por teléfono. Hasta nuevo aviso. Díaz Ordaz dejará que vengan a verlo sus parientes a la oficina de Palacio Nacional, pero Lupita no se atreve a salir a la calle, a exponer a sus hijos. Así que la única que va es su novia, La Tigresa, que entra y sale por un túnel del Palacio que desemboca en la calle de Moneda, custodiada por los batallones, la policía, los agentes secretos. La amante le pregunta por uno de los dos licenciados que negocian con los estudiantes, de la Vega Domínguez, su primer novio, a los catorce años:

-¿No crees que los convenza con esos ojazos que se gasta?

-No es de ojos Pelusita- le responde el Presidente, que nunca le dijo "Tigresa", que fue el nombre de un personaje suyo en una película, sino por su apodo que viene de su pubis rasurado-, la comisión con los estudiantes nomás es para distraer a todo el mundo de lo que realmente va a pasar.

-¿Qué va a pasar?

-Usted no se angustie. Todo esto va a terminar muy pronto.

Ese mismo 2 de septiembre, Fernando Gutiérrez Barrios entrega su informe diario. Hay respuesta ya del Consejo Nacional de Huelga. Los estudiantes de contestan: "El Presidente sólo nos deja una disyuntiva a quienes, desde el Zócalo, hemos exigido respuesta a nuestras demandas con concentraciones mayores al medio millón de personas: o aceptamos no seguir presionando o se reprime en definitiva este movimiento estudiantil y popular apelando al ejército, la marina y la aviación, cuando el Presidente lo juzgue necesario."

Es una respuesta normal de los estudiantes que tienen comprensión de sus lecturas. Pero la otra parte del informe de Gutiérrez Barrios lo espeluzna: parece hecho a la medida de sus pesadillas. Todos los gremios que él había atacado durante su carrera burocrática comienzan a aliarse: los maestros de Othón Salazar, los telegrafistas, los telefonistas, los universitarios de Coahuila, Morelos, Veracruz, Sinaloa, se solidarizan con los estudiantes a partir de su amenaza. Piden libertad para el ferrocarrilero Demetrio Vallejo. No responden con un amago, sino con la solicitud de que el diálogo público se realice cuanto antes. Y siguen desarmados, a pesar de que los dos estudiantes contactados por

Gutiérrez Barrios y Echeverría, Ajax Segura y Sócrates Campos Lemus, lograron introducir armas en el movimiento: una calibre 22 para Florencio López Asuna y una carga de dinamita que dejaron en el Politécnico. Pero, con eso no alcanza para justificar que los estudiantes están armados y quieren derrocar la gobierno. No es suficiente, y no hay forma de venderles cargamentos completos: no hay manera de convencerlos de ser violentos.

-Pinches hippies- se queja Echeverría.

Gutiérrez Barrios se acomoda la corbata de seda con lunares rojos sobre el fondo verde. Los calcetines le combinan.

Deciden desesperarlos, darles largas, hasta que levanten la huelga o se conviertan en grupos armados. Y, entonces, ahí sí saben cómo resolverlo: a balazos. Las instancias del gobierno de Díaz Ordaz van contestando con parsimonia y sin decir nada- invento tecnológico del abogado-funcionario-, una a una, las solicitudes de los estudiantes.

Secretaría de Gobernación: “Podemos examinar y resolver las distintas cuestiones planteadas, si es que se pretende realizar un esfuerzo serio que tienda a resolver problemas existentes y no se trata de un mero afán exhibicionista”.

Departamento del Distrito Federal: “Una ciudad no puede quedarse sin policía preventiva que garantice, en la medida de sus posibilidades, tanto el orden como la libertad. El llamado Cuerpo de Granaderos no constituye una corporación independiente del resto de la policía preventiva”.

Procuraduría de la República: “toda persona que tenga legítimo interés será atendida el día que lo soliciten, son sujeción al cuerpo de la institución”.

Es decir, los seis puntos del pliego en medio millón de estudiantes en el Zócalo, reciben como única respuesta la de siempre, la de las oficinas burocráticas del Gobierno- Partido: “Ingrese sus formularios llenados en letra negra impresa, original y veinte copias. En horario de 12:00 a 13:00”. A ver a qué horas entran los estudiantes a hacer filas, salas de espera, el deporte nacional que los funcionarios poderosos le infligen a los débiles ciudadanos: hacerlos esperar dos días para recibirlos durante tres minutos y nunca resolverles nada. Para la burocracia, no existen demandas, sólo quejas.

Pero el que se desespera es el Presidente, no los estudiantes. Hasta allí ha llegado la paciencia de Díaz Ordaz a quien le despierta a diario la pesadilla de una conjura de médicos, estudiantes, ferrocarrileros, petroleros, telefonistas

que abren por la fuerza Palacio Nacional y lo aprehenden, lo golpean y lo hacen firmar su renuncia. Todos los días, en las dos horas que duermen en las camitas de las oficinas, Díaz Ordaz despierta con sabor a centavo en la boca y las imágenes de una violencia desmedida contra él, contra Lupita, a quienes enjuician al pie del asta bandera en el Zócalo con una bandera rojinegra en la punta. Los fusilan sin armas, con los pulgares como gatillos y los índices como cañones de un revolver simbólico.

-Hay que detener dirigentes- dice una madrugada del 9 de septiembre de 1968-. ¿Ya tenemos una idea de quiénes son?

-Siguen siendo miles, mi *Presidente*- se le trababa la lengua a Echeverría.

El Presidente no se ríe. Los demás abren mucho los ojos y se miran las puntas de los zapatos.

-Si el rector llama a retornar a clases, muchos estudiantes van a hacer caso y a aislar a los dirigentes- opina el secretario de Educación, Agustín Yáñez.

-¿Y por qué el sabihondo de Barros Sierra haría semejante cosa, se ha estado en nuestra contra desde el inicio?- preguntó Díaz Ordaz.

-A cambio de que no lo encarcelamos por su actitud criminal- dice García Barragán-. Si él no hubiera validado a los estudiantes no tendríamos hasta diez mil motines diarios.

-Ya no podemos salir sin exponer nuestras vidas- se quejó el Presidente-. Hay gente por todos lados, gritando, haciendo esas obras de teatro callejeras que hacen, pidiendo dinero, repartiendo propaganda. Es una vergüenza con la prensa extranjera. Estamos dando la impresión de que en este país no existe el orden. No podemos sostenerlo más tiempo. Echeverría: hable con el rector Barros Sierra y amenácelo. No escatime los insultos.

-¿Y si no funciona, mi Presidente?

-Les tomamos la Universidad y el Politécnico, para que me vengan con sus pinches mariconadas de la autonomía universitaria- dice Díaz Ordaz.

-Tenemos que poner una fecha límite- interviene el General García Barragán, vestido de militar, pero arremangado y sin corbata: no se ha bañado en días-, Señor Presidente. ¿Cuántos días antes de la Olimpiada tomamos una decisión final?

-Diez días antes. No más- dice Díaz Ordaz.

Echeverría saca un calendario:

-Dos de octubre. Ésa es la fecha.

Pero cada nueva manifestación encierra más al gobierno de Díaz Ordaz. Pasa de “la mano tendida” al puño de hierro. El 13 de septiembre los estudiantes deciden salir otra vez por cientos de miles al Zócalo de la Ciudad de México, ahora con las bocas tapadas, con esparadrapos, con grasas. Es la Manifestación del Silencio. Sólo se escuchan las suelas sobre las banquetas. Un gobierno sordo tendrá una oposición muda, sin insultos, sólo frases escritas: “Líder honesto igual a preso político”, “Libertad a la verdad: diálogo ya”.

Al día siguiente, Luis Echeverría les responde a los estudiantes del Consejo Nacional de Huelga, que el diálogo público que solicitan puede ser por escrito. “Intercambio epistolar”, se burla de su propia respuesta. Pero le sorprende la respuesta de los estudiantes amotinados. A través del profesor de ingeniería, Heberto Castillo, protegido por Lázaro Cárdenas, el movimiento contesta: “Puede ser por escrito, si es con mucha difusión”. Pero Díaz Ordaz ve en Heberto Castillo a todos esos universitarios de clase media que quieren ocupar su puesto en la silla presidencial.

-¿Viste al ingeniero Heberto?- le dice a Echeverría nomás entra en la oficina tras sus dos horas diarias de sueño.

-dio el Grito de Independencia en la Universidad... ante unos cuantos miles. Usted, Señor Presidente, lo dio ante millones.

-El ingeniero Heberto se cree el Presidente. Quiere, claramente, mi puesto. Pues, no señor. La universidad no está fuera de México y en México mando yo.

Así se decide tomar la Ciudad Universitaria el 18 de septiembre de 1968. Ya no hay vuelta atrás en el uso intensivo del fuego: el general José Hernández Toledo al mando de diez mil soldados del batallón de paracaidistas, entran con tanques y bayonetas a las escuelas de la universidad. No encuentran resistencia: trescientos alumnos y maestros son acostados en el piso, mientras unos militares arrían la bandera que ha permanecido a media asta desde el 29 de julio, casi dos meses antes. En cuanto la tocas, los trescientos detenidos se paran a cantar el himno. Es una situación incomprensible: los soldados los dejan cantar hasta que terminan de arriar la bandera y, luego, los vuelven a arrojar al piso con las manos hacia atrás. Se caza en los alrededores a los que han salido corriendo. Al final son detenidas casi dos mil personas. Son pocos los funcionarios universitarios que presencian la entrada del ejército: casi todos se

habían ido al funeral del poeta español, León de Felipe. Con los estudiantes detenidos y golpeados en frente los ministerios públicos dicen: “Permanecerán detenidos hasta que alguien nos diga de qué se les acusa”. Treinta minutos después de la entrada del ejército en la universidad, el secretario de Gobernación sale a decirle a la prensa, a la internacional, por supuesto. La demás no le preocupa:

-Es del dominio general que varios locales escolares- que son edificios públicos, por ser propiedad de la nación y estar destinados a un servicio público-, habían sido ocupados y usados ilegalmente, desde fines de julio último, por distintas personas, estudiantes o no, para actividades ajenas a los fines académicos.

La toma de la universidad fue el inicio de la militarización del resto de la Ciudad de México: se disuelven pequeñas manifestaciones, los tanques “limpian” avenidas, se detiene a miles de personas. Durante toda la noche de ese 18 de septiembre, al alarido de las ambulancias, se le agrega la angustia de ir y venir de delegación en delegación de policía a los familiares que buscan a alguien que no llegó a dormir. El propio Díaz Ordaz aprovecha para hacer un par de ajustes con su historia personal: detiene en la calle a Manuel Marcué Pardiñas, el director del semanario *Política* cuya portada de 1964 había dicho: “Díaz Ordaz no será Presidente”. También detiene a Eli de Gortari, un profesor que había apoyado la huelga estudiantil en Morelia, años antes. Heberto Castillo, el profesor de la Coalición de Maestros, se les escapa corriendo de los tanques. Se les pierde en el pedregal de Ciudad Universitaria.

En la Cámara de Diputados, al siguiente día de la toma militar de la UMA, no hay sino burlas para el rector Barros Sierra:

-Ahora sólo resta que el señor rector, en vista de que no le fue posible por sus propios medios restablecer el orden, agradezca la medida tomada por el Gobierno Federal.

-Señor Rector Barros Sierra: qué afortunado es usted, qué feliz momento le ha tocado vivir. Debe estar orgulloso del auxilio que se le ha dado para el rescate de las propiedades universitarias.

El apoyo de los poderosos a la toma por el ejército de la universidad es unánime en torno al Presidente Díaz Ordaz. El Partido: “El ocio, el despilfarro y la pérdida de tiempo en luchas ajenas al interés estudiantil, nos colocan en riesgo de producir una generación inepta en la ciencia, la técnica y el

humanismo". Los empresarios, en pleno, apoyan "el restablecimiento del orden". Es un momento de gloria presidencial, según recuerda Díaz Ordaz: había hecho lo que mucha gente prestigiada esperaba de él. Había cumplido. Había salido adelante. Ahora restaba seguir, como en el episodio de su infancia: traigan más botes de basura. Barramos con todo y recibiremos el aplauso.

Lo primero que se hizo con el ejército en las escuelas fue aprehender a los abogados defensores cuando se presentaban a ampara a los detenidos. "De esta fecha en adelante no se aceptarán gestores. Sólo se darán informes de 12 a 12:30, de 17 a 17:30 y de 21 a 21:30". Es decir, los mil quinientos muchachos detenidos se quedaron sin abogados. Luego, el 23 de septiembre de 1968, el Instituto Politécnico Nacional fue tomado por el ejército entre la noche y la madrugada. En esa toma se estrenaron algunos de los francotiradores que Díaz Ordaz le había encargado a su Estado Mayor Presidencial que adiestrara. Francisco Rodríguez Villareal, teniente del primer batallón de infantería de Guardias Presidenciales, fue encontrado en su camioneta escondido con un rifle de alto poder con la idea de dispararle a los estudiantes. Se identificó y lo dejaron en libertad.

Días Ordaz dio indicaciones a los soldados de abandonar Ciudad Universitaria el 30 de septiembre de 1968, pero no el Politécnico. Era uno de esos rompecabezas que le fascinaban. Entregar la universidad para desplazar al general José Hernández Toledo al mitin de 2 de octubre en la Plaza de Tlatelolco. Los universitarios creerían que habían ganado justo cuando iban a perderlo todo. Eso- lo sabía Díaz Ordaz- desanimaba a cualquiera: la derrota definitiva que sigue a la ilusión momentánea de ganar. El miedo estaba a punto de alcanzar una nueva dimensión. El Presidente se encierra en Los Pinos. Juan Sánchez Navarro, el vocero de los empresarios, lo acompaña.

-Es perfecto lo del 2 de octubre- le dijo el Presidente a Echeverría-. En un mitin es muy difícil escapar y esa plaza es una ratonera prehispánica. Tiene la solidez del escarmiento.

-No se crea, mi Presidente. Es un mitin que, después, se va a convertir en marcha. Los agitadores quieren ir a protestar al Casco de Santo Tomás, para que el Politécnico también sea desalojado.

-Hay que convencerlos de que sólo sea un mitin. Así le hicimos cuando nos chingamos al profesor Othón Salazar. Lo convencimos de que se quedara en

mitin y así se nos facilitaron las detenciones. La cosa es que no se nos vayan a escapar corriendo como en Ciudad Universitaria.

-Tendremos dos operaciones separadas y al mismo tiempo: una militar y una civil. Serán dos cercos. Nadie saldrá vivo de ahí- comentó Echeverría, sin saber que parafraseaba a Jim Morrison.

Así comenzó la planeación de la matanza de Tlatelolco que estaba pensada como había aprendido Díaz Ordaz de Maximino Ávila Camacho: masacrar y después decir que había sido un enfrentamiento entre las propias víctimas. Detener a los dos mil líderes que la policía política identificaba. Acabar con todo de una buena vez y enfilar la atención a la Olimpiada. Pero el país del 68 no era la Puebla de los cuarentas. Eso jamás lo entendieron el Presidente, ni su gabinete, los empresarios, los diputados y senadores, ni el Partido.

El primero de octubre de 1968, el jefe de la prensa de Díaz Ordaz, Fernando Garza, reunió temprano a los directores de diarios, radio y televisión:

-De mañana en adelante todos los que hablen de los Juegos Olímpicos cobrarán sus notas como si fueran publicidad del gobierno. Sólo nos interesará ese tema. A partir de mañana, que comienza la cuenta regresiva del diez al uno para la inauguración, el Presidente quiere que México sea más que los disturbios.

Los directores asintieron: era un dineral.

Unas horas más tarde se les da el día libre a los empleados de la Secretaría de Relaciones Exteriores. No hay explicación alguna. Es miércoles.

A las siete de la mañana del 2 de octubre de 1968, La Operación Galeana (así se llamaba la Quinta, el rancho del secretario de la Defensa, Marcelino García Barragán) comienza con una reflexión de Díaz Ordaz en su cuarto de guerra:

-El ejército no puede sentir que tiene el control. Será un golpe de mano ordenado por civiles, usando a los soldados. No vamos a ordenar que el ejército le dispare a los estudiantes, sino que responda al fuego. Será defensa propia.

-Para eso se necesitan departamentos en el edificio Chihuahua, donde estarán, en el tercer piso, los dirigentes del Consejo Nacional de Huelga y en los que dan a la Plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco. Ahí metemos al Batallón Olimpia- dice el Jefe del Estado Mayor Presidencial, Gutiérrez Oropeza por radio.

-Mi cuñada es dueña de un departamento que da a la plaza, en el edificio Molino del Rey. Es el penthouse 1301, en el piso trece. Se llama Rebeca Zuno de Lima- grita Luis Echeverría para que lo escuchen por el radio.

Y esperan. A las diez de la mañana comienza una reunión entre los estudiantes Niebla, de Alba y Muñoz con los representantes del gobierno, Jorge de la Vega Domínguez y Andrés Caso Lombardo. Es en casa del rector Javier Barros Sierra. Ahí estarán preguntándose sobre “las facultades resolutive” de unos y otros. Quedan de seguir dialogando al siguiente día. Es ahí donde los convencen de que Tlatelolco sea un mitin y no una marcha. Aceptan. Los representantes del gobierno llaman para informar al Presidente. Éste se acomoda los lentes. Piensa en el ferrocarrilero Vallejo, en Othón Salazar, en Atencingo. Para él, los estudiantes son parecidos a los sindicalistas. Le da cuerda a su reloj.

Esperan. A las once de la mañana, el general Gutiérrez Oropeza llama de nuevo:

-Se han conseguido tres departamentos vacíos en el edificio Chihuahua: uno en el tercer piso, dos en el cuarto. Ya el general Castillo Ferrara y el coronel Ernesto Gutiérrez Gómez Tagle del Batallón Olimpia y el capitán Héctor Careaga Estrambasaguas fueron a reconocer los puntos desde los que se disparará para que el ejército responda al fuego de los estudiantes. El de la cuñada del señor secretario de Gobernación queda resguardado por el teniente Salcido- su voz suena entre la interferencia.

Para las dos de la tarde se han desplegado en la zona el 44 Batallón de Infantería con el infaltable general José Hernández Toledo a la cabeza, la segunda brigada de infantería, el Batallón Olimpia (creado el 21 de febrero de ese mismo año por el Estado Mayor Presidencial), el 53 de infantería, a cargo de Crisósforo Mazón Pineda, y agentes de la policía de Gutiérrez Barrios, entre ellos, Arturo Durazo. Al final, son más de diez mil elementos. Casi uno por manifestante. Habrán, además, doce francotiradores desde el piso noveno de la Secretaría de Relaciones Exteriores, acompañados de una cámara de cine; otros más desde el techo de la iglesia de Santiago Tlatelolco y la azotea del edificio Chihuahua. El piso 21 del edificio de Relaciones Exteriores será tomado por la policía de la ciudad, por Raúl Mendiola, quien tiene la encomienda de coordinar a los francotiradores y, luego, de ir de hospital en hospital por los heridos y llevárselos. La cárcel preventiva, la prisión

de Santa Martha Acatitla y el Campo Militar Número Uno son puestos en alerta para que hagan vigilia hasta nuevo aviso. Es la guerra.

El mitin ha empezado a las cinco y media de la tarde. Habla un orador. A las seis y diez de la tarde del 2 de octubre de 1968 llegan los camiones de paracaidistas con Hernández Toledo a la cabeza. Un helicóptero sobrevuela la plaza con diez mil estudiantes, obreros, mujeres y niños. Con diez mil soldados al asecho con las siguientes órdenes del secretario de la Defensa Nacional: “En caso de recibir fuego por parte de los francotiradores, se contestará con tiradores selectos tratando de localizar a los tiradores emboscados”. Se esperan francotiradores, se avizora un enemigo armado y belicoso. Lo que se ve: estudiantes con mochilas y libros, señoras con bolsas de mandado, niños con balones de futbol, perros jadeando de sed.

Desde el edificio de Relaciones Exteriores salen dos bengalas, una verde y una roja. Los francotiradores hacen fuego sobre la multitud y uno de ellos, desde el edificio Chihuahua, le da en la nalga izquierda al general Hernández Toledo, quien cae sobre su tanqueta. Los soldados responden al fuego, civiles armados matan a quemarropa a los asistentes. Campos Lemus arrebató el micrófono:

-No se muevan, compañeros. Es una provocación- y un agente con un guante blanco lo tira al suelo y pisa al micrófono.

Se dispara desde el Chihuahua, desde la iglesia, desde Relaciones Exteriores, desde el departamento de la cuñada de Echeverría, desde los departamentos de cuatro edificios, desde la planta baja del Chihuahua. El batallón Olimpia, que tiene un pañuelo blanco en la mano izquierda como identificación, se desplaza piso por piso arrojando a los dirigentes del Consejo Nacional de Huelga. Por una fuga de gas y los miles de disparos, se incendian tres pisos del edificio Chihuahua. A los detenidos los ponen sobre el suelo, con las manos hacia atrás. La balacera dura, en dos intervalos- seis y diez de la tarde y once de la noche-, ciento veinte minutos. Se hacen quince mil detonaciones. Hay setecientos heridos y un número nunca aclarado de muertos y desaparecidos. Hay mil quinientos detenidos esa noche sólo en Tlatelolco. A los dirigentes del Consejo Nacional de Huelga los desnudan y los ponen de cara contra el muro de la iglesia de Santiago Tlatelolco. Muchos tienen las bocas y narices rotas, la ropa interior blanca manchada con sangre. No hay luz en toda la zona de guerra. Son alumbrados por linternas, por fotógrafos de las policías,

por los faros de los tanques. Empieza a llover. Lo único que queda en la plaza son miles de zapatos.

En la madrugada del 3 de octubre, el Palacio recibe los informes de la matanza de Tlatelolco. Echeverría cuenta con una película que se ve hasta el momento en que empieza a oscurecer; ríos de gente hacia el Chihuahua, luego, al ver que les disparan desde ahí, en dirección contraria. Es sólo un agitar de cuerpos de un lado a otro de la plaza. Luego, la oscuridad de la noche.

Luis Echeverría le llama a Julio Scherer, el director del diario *Exélsior*: "Fueron los estudiantes los que dispararon. ¿Me entendió?". No se cuenta con imágenes fotográficas: casi todos los reporteros fueron despojados de sus cámaras al tratar de salir de la plaza.

Díaz Ordaz le llama a Emilio Azcárraga, dueño de la televisión:

-Los estudiantes lograron sus muertos, asesinados por sus propios compañeros. ¿Está claro?

-Sí, señor.

-Mañana amanecerá y la vida de la ciudad y del país seguirá su curso normal. ¿Se arrebata con eso?

-¿Arrebata?

-Que si concurre.

-Sí, señor Presidente.

-Entonces, ¿por qué chingados Jacobo su lector de las noticias de la noche, dio la noticia con una corbata negra? ¿Usted está de luto? ¿Le mataron a alguien?

-No señor, era la única que tenía a la mano.

En su cuartel de los Pinos, Díaz Ordaz les circula una hoja de papel mecanografiada en su Olivetti. Es un decreto para suspender la Constitución, las garantías individuales. En silencio, la lee el secretario de Gobernación, la lee el Jefe del Estado Mayor Presidencial, la lee el Jefe de la Federal de Seguridad y, finalmente, el secretario de la Defensa.

-¿Y bien?-pregunta Díaz Ordaz.

El secretario de la Defensa Nacional rompe la hoja en dos.

Ésa era una de las cosas que Lupita quería que Díaz Ordaz quemara en su incinerador de la casa de Risco: la suspensión de las garantías individuales, la extinción de la Constitución que la Revolución había pactado. Díaz Ordaz quemó los borradores, junto con las transcripciones de las torturas, los interrogatorios a los médicos, ferrocarrileros, telegrafistas, petroleros, telefonistas, estudiantes, profesores. Al estudiante de la escuela de agricultura, Luis Tomás Cervantes Cabeza de Vaca, le preguntan insistentemente Fernando Gutiérrez Barrios y Nazar Haro, en ropa interior:

-¿Está Carlos Madrazo detrás de su movimiento? ¿Conoce usted a Elena Garro? ¿Tienen armas?

Sólo Sócrates Campos Lemus contesta que sí, que los estudiantes estaban equipados con pistolas, que se organizaban en cinco columnas guerrilleras. Para respaldar la versión de que los estudiantes estaban armados, la policía de la Ciudad de México presenta dos escopetas y un radio.

“Quémalos, quémalos, o nos quemaremos tú y yo, en el infierno.”

La noche del 3 de octubre Díaz Ordaz hablará por última vez con su amigo de la adolescencia, el doctor Julio Glockner.

-Mi yerno, Gustavo- le dice el médico poblano de las enfermedades venéreas, su compañero en el equipo de basquetbol Cronos en la ciudad de Oaxaca, cuarenta años antes-, mi yerno desapareció en Tlatelolco. No sabemos nada. Mi hija Julieta está desesperada. ¿Puedes ayudarnos?

-No tenemos todavía los nombres de los detenidos- le responde Díaz Ordaz-. Si no, con todo gusto, Julio. Yo me comunico en cuanto sepa algo.

Nunca lo hizo. La hija del doctor Glockner acabaría muerta a balazos en 1975, en el escozor de la Guerra Sucia de Echeverría. [...]

“Soy alumno de cuarto año de la carrera de Derecho en la Universidad Nacional. Fui detenido el 2 de octubre de 1968 en la plaza de Tlatelolco, donde asistía a un mitin estudiantil. Esa misma noche fui llevado a la penitenciaría de Santa Marta Acatitla, en compañía de miles de personas. El día 4 de octubre, en la mañana, fui sacado por la fuerza de dicha prisión y entregado a agentes del servicio secreto, quienes me vendaron los ojos y me llevaron a un lugar que, después supe, era la jefatura de policía. Me desnudaron y me mojaron. Me

aplicaron toques eléctricos en los testículos, el pene y el ano, con el objetivo de que aceptara haber disparado una metralleta desde el tercer piso del edificio Chihuahua. Como negué haber estado en ese edificio y haber disparado arma alguna, me llevaron a un lugar desconocido donde fui sumergido en una pileta de agua varias veces hasta casi asfixiarme y todo el tiempo aplicando los toques eléctricos. Me preguntaban sobre nombres de compañeros de la escuela que habían tomado de mi agenda que guardaba en la guantera de mi Volkswagen. Querían que les dijera que había recibido de un señor Piñeiro en la noche del 24 de septiembre una metralleta y que otro, un Ángel Castro, me había enseñado a manejarla. Me quisieron obligar a firmar esas imputaciones porque, me dijeron, tenían detenidas a mi madre y a mi tía en los separos y que las iban a violar. Lo mismo sucedió en los sótanos de la Federal de Seguridad y en el Campo Militar Número Uno, a donde sucesivamente fui llevado. En éste lugar, el día 9 de octubre, después de una semana de torturas y amenazas contra mis familiares, cuya suerte ignoraba por la total incomunicación a que fui sometido, me obligaron a firmar una declaración que previamente habían elaborado las autoridades que ahí se encontraban.”

[...]